

El pastor del Valle de Mugelle

Fiammetta!

—¡Angiolotto!
—¿Vamos, Fiamma?
—Andando, Giotto.
—¡Qué hermosa está la mañana, prima mía...! Mira la gran línea que se extiende allá abajo, allá en el fondo del valle. Pronto se pondrá de color de violeta, igual á las florecitas de los prados; después se pondrá roja, y luego completamente dorada. ¡Qué hermoso ver salir la aurora...! Las ovejas nos esperan! ¡Andando, Fiamma...!
—Vamos allá; hace fresquecillo, Giotto...
—¡¡Eh!! ¡¡Hola!! ¡¡Nero, Bianco!! ¡Con qué cachaza se están comiendo por allí la algarroba en flor!—dijo el pastorcillo lanzando sus dos perros mastines, que bien pronto reunieron todo el rebaño.

Fiammetta, zagala de doce años, llevaba sobre su cabeza una toca de muchos colores que dejaba caer sobre sus espaldas un gran trozo de muselina. Este adorno realzaba su rostro fresco y alegre, aunque un poco descolorido. Angiolotto, á quien por abreviar se le llamaba Giotto, según la costumbre italiana, era un muchacho de catorce años, de cara siempre risueña, y en sus facciones puras y sencillas se hubiera podido descubrir, sin embargo, una expresión enérgica y reflexiva; era un cuadro grave y seductor verle marchar detrás de su rebaño, con su gran sombrero de paja, del que salían en grandes rizos sus cabellos castaños, llevando su zurrón á la espalda, apoyándose á cada instante en su cayado, del que pendía una cantimplora.

—¿Dónde está la Pintada? ¿Por dónde anda, Fiammetta?
—Ven acá, loca... Ayer la tejí una guirnalda de flores para rodeársela á los cuernos y llevarla de la mano.
—Pues con esa cinta de margaritas y de botones de oro no dejarás de hacer bastante fuerza—interrumpió riendo el pastorcillo;—una cuerda fuerte sería mejor para sujetar á esa revoltosa. ¡Eh! Mira á esa picarilla al borde del barranco, allá abajo, cómo juguetea, queriendo comerse la guirnalda que tú la has puesto y que se enreda en sus barbas... ¡Hola!... ¡Eh!... ¡Bianco!... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Nero!...

Y los dos guardianes del rebaño, los dos mastines y Fiammetta y Angiolotto avanzaron hacia el fondo de un extenso valle cercado por dos colinas cubiertas de matorrales, sobre las cuales empezaba á derramar sus dorados rayos el nascente sol.

—Fiamma, ¿á que no aciertas lo que llevo en el zurrón?
—¡Toma!... ¿Qué has de llevar? El pan de maíz, un poco de queso y la flauta.
—Pues llevo otra cosa más, prima.
—Entonces será tu navaja, con su hoja tan bonita, en la que han escrito *Ora pro nobis*.
—Pues también llevo la cajita que te he prometido para guardar tu collar de hilo de plata, con su crucecita y el *Agnus Dei* que te ha dado el buen padre franciscano... y... y... además... la sortija y los pendientes de mi tía.

—Mira, Giotto, esta noche iremos juntos al cementerio... ¡Pobrecita madre...! ¿No sabes...? Cerca de los pinos que están al lado del estanque, hay muchos narcisos... Iremos allí y haremos dos coronas con esas flores que son tan bellas y tienen un olor tan suave; cuando coloco alguna sobre la sepultura de mi buena madre, me dan unas ganas de llorar y de rezar... Pero mira, Giotto, no nos pongamos tristes tan temprano; y dime: ¿por qué has tomado un aire tan misterioso para hablarme de tu cofrecito blanco?

—¡Je, je...! Primita mía, el cofrecito ya no está blanco. ¡Si tú le vieras...!
—¡Enséñamele, primo!
—Está tan bonito como una jaula con pajaritos... Voy á enseñártelo...
—¡Ah! ¡Bueno... bueno...! Me estoy figurando que con la



punta de tu navaja habrás dibujado alguna cosa sobre la tapa...
—Lo has adivinado, Fiamma... Ya te he dicho que parecía una jaula con pajaritos muy bonitos... Los he embadurnado de encarnado y azul en las alas y el cuello, y el pico y las patas de amarillo...
—¡Ay! ¡Enséñamele pronto, querido primo...!
—Ahora no, niña... Hay que dar de comer al ganado; cuando hayan almorzado las ovejas, lo haremos nosotros; iremos á sentarnos en nuestro banquito de césped que embalsaman la manzanilla y el tomillo, sacaré del zurrón el pan, el queso y el cuchillo, y beberemos agua del manantial de los cuervos; entonces Nero estará en acecho á la derecha y Bianco á la izquierda, y nosotros estaremos descuidados y te enseñaré el cofrecito. ¡Ya verás...! Meteremos dentro un crucifijo pequeñito de cera, que está muy bien tallado y pintado...
En esta conversación llegaron nuestros dos niños al sitio en que debía pastar el rebaño. Los carneros se dirigieron á las hierbas más crecidas y á roer las cortezas de los pinos que bordeaban el estanque; las cabras buscaron grandes cardos, en medio de los cuales crecían pequeños aloes, y saltando de risco en risco, iban avanzando á lo alto de la colina, comiendo las puntas de retama y suspendiéndose



al borde de las rocas que sobresalían en las pendientes de la cuesta.

Era una hermosa mañana del clima de Italia, en medio de los campos; una ligera bruma bañaba de un tinte azul y rosa el paisaje que se descubría en lontananza, y se sentía un airecillo agradable; reinaba un silencio interrumpido sólo de cuando en cuando por algún lejano ruido, como si la Naturaleza quisiera descansar antes de aparecer radiante y hermosa.

Nero y Bianco, los dos perros del joven zagal, á los cuales había confiado por un instante la guarda del ganado, eligieron cada uno su posición; Fiamma y Angiolotto principiaron á despachar su frugal almuerzo.

Al fin salió del morralillo el cofre esperado con tanta impaciencia, y Fiamma dió un grito de alegría y sorpresa al verle tan adornado de encantadores dibujos formando guirnalda de hojas, en medio de las cuales se veían diminutos pajarillos de los más variados colores, llevando en el pico los tallos que forman el adorno.

—¡Angiolotto! ¡Primo mío...! Pero, Giotto, dime: ¿eres tú quien ha hecho un trabajo tan bonito?—exclamó la gentil Fiammetta.—¿Es posible que con la punta de tu navajilla hagas cosas tan preciosas? ¿Y cómo has iluminado con colores tan lindos esos pajaritos? El azul y el encarnado es como el de los cristales de la capilla de la Virgen de las Azucenas.

—Primita mía—contestó el pastorcillo con la mayor naturalidad y sencillez,—yo mismo he descubierto el modo de iluminarlos.

—¡Oh! sí, sí; dices bien; en tu cofrecito guardaré mi *Agnus Dei*, mis pendientes y la sortija de mi querida madre.

(Continuara.)



ITINERARIO DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

En estos días en que los cristianos conmemoran la Pasión y Muerte del Salvador, creemos de verdadero interés para nuestros jóvenes lectores el conocimiento gráfico de los lugares en que el sublime drama del Calvario tuvo su desarrollo. Al efecto, publicamos un ligero croquis de Jerusalén, tal cual estaba en los días de la Pasión, y seguimos en su explicación los datos de los más veraces y exactos viajeros de Tierra Santa.

Saliendo de Jerusalén por la *Puerta Oriental*, hájase al *Valle de Josafat* (1), y después de cruzar el *Torrente Cedrón* (3) se encuentra el *Monte de los Olivos*, y á corto trecho el Huerto y la Gruta de *Getsemani* (2).

Después de cenar con sus discípulos, fué Jesús á este huerto á orar, y allí es donde exclamaba: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Allí puesto en agonía, fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra, y le apareció un ángel del cielo que lo confortaba.

Los olivos que aún existen en aquel sitio son ocho, y hasta los turcos los miran con piadoso respeto y no consienten que sean profanados. Se cree que estos árboles son del tiempo en que Jesús oró en el Huerto, según las noticias de los viajeros que de ello han escrito, como el Dr. Schubert, Marmont, Chateaubriand, Lamartine, el abate Mislin y otros.

En aquel mismo lugar fué preso Jesús por la traición del discípulo Judas, y desde allí comienza la *Via del Cautiverio*, que hasta la casa de Anás (6) tiene una milla de longitud. Cruza esta vía el Valle de Josafat, atraviesa el Cedrón, y penetrando en la ciudad por la *Puerta Esterquiliaria* (5), termina en la casa de aquel Pontífice, sita en el Monte Sión. En esta casa fué interrogado Jesús y recibió la bofetada de uno de sus ministros, y desde allí fué llevado á casa del yerno del Pontífice, llamado Caifás, que habitaba á poca distancia, fuera de la Puerta de Sión (7).

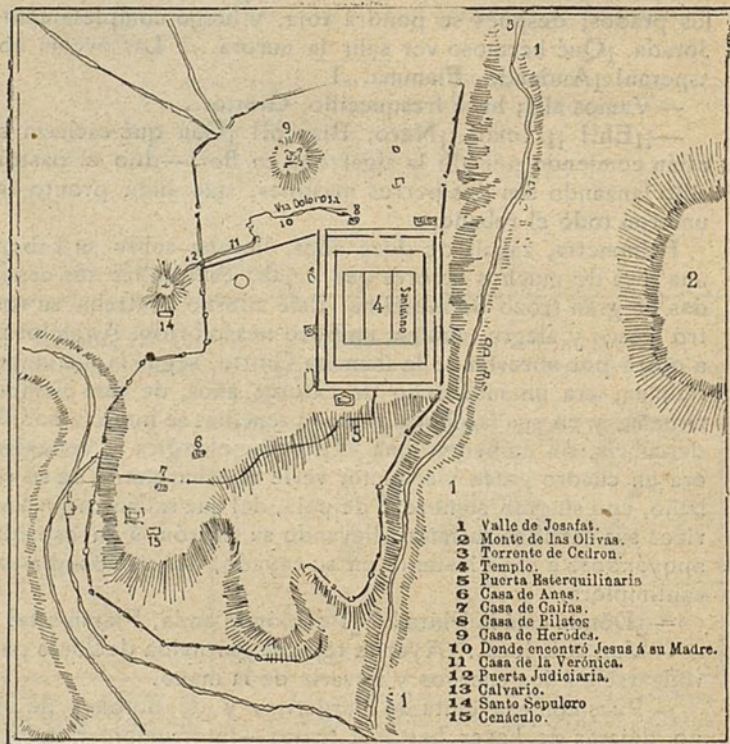
En la actualidad se halla convertida en convento, junto á cuyo altar mayor está el sitio en que Jesús permaneció atado aquella noche. En el atrio de esta casa fué donde San Pedro negó á su Maestro hasta tres veces, cumpliéndose la profecía del Salvador, que había dicho:

«Antes de que el gallo canté, tres veces me negarás.» Allí fué condenado Jesús por blasfemo, porque decía ser Hijo de Dios.

De esta mansión fué llevado al *Pretorio* ó casa de Poncio Pilato (8), que vivía al extremo noroeste del recinto exterior del templo. La casa de este gobernador romano es la primera estación del Camino de la Cruz ó *Via Dolorosa*.

La escalera que subió Jesús, conocida con el nombre de *Scala sancta*, está actualmente en Roma, en la Basílica de San Juan de Letrán. Consta de veintiocho gradas, y es tal el número de fieles que la suben de rodillas, que ha habido que cubrirla de madera de nogal, cuyo entarimado ha sido preciso renovar varias veces.

Pilato envió á Jesús al tetrarca Herodes, por ser el Salvador de Galilea, y fué conducido á su morada, cerca del *Pretorio*, en la Colina de Acra (9). Allí esperaba el tetrarca presenciar como un espectáculo curioso algún milagro de Cristo, y como no lo logró, hizo escarnio de su reinado vistiéndole una túnica blanca y mándándole otra vez á Pilato. En el *Pretorio* fué el Señor azotado y coronado de espinas.



- 1 Valle de Josafat.
- 2 Monte de las Olivas.
- 3 Torrente de Cedrón.
- 4 Templo.
- 5 Puerta Esterquiliaria.
- 6 Casa de Anás.
- 7 Casa de Caifás.
- 8 Casa de Pilatos.
- 9 Casa de Herodes.
- 10 Donde encontró Jesús á su Madre.
- 11 Casa de la Verónica.
- 12 Puerta Judiciaria.
- 13 Calvario.
- 14 Santo Sepulcro.
- 15 Cenáculo.

A setenta varas de este lugar, siguiendo la *Via Dolorosa*, se encuentra un arco cubierto con dos ventanas. Tiénese por probable que Pilato eligiera aquel alto pórtico, más visible para la muchedumbre, para mostrarle al Redentor en el triste momento del *¡Ecce Homo!*

Desde la casa de Pilato caminó Jesús con la Cruz á cuestas hasta la cima del Monte Calvario, recorriendo una distancia de 1.220 pasos. La calle, de 200 pies de larga, forma declive y se encuentra con la que viene de la Puerta de Damasco, y á la izquierda, bajando, está el sitio donde la Virgen María vió pasar á su Hijo y cayó desmayada (10).

Al extremo de la calle cayó el Salvador por vez primera al peso de la Cruz y del sufrimiento. Una columna de mármol rojo señala en la actualidad aquel sitio. A la derecha se sube por una calle de ascenso áspero, y los cristianos han señalado el sitio donde Jesús cayó por segunda vez, y en el que encontró á las mujeres de Jerusalén que lloraban. Hacia la mitad de la calle, á la izquierda, está el sitio en que la piadosa Verónica enjugó el sudor del Divino rostro.

Al final de la calle estaba la *Puerta Judiciaria* (12), y en este punto empieza el Gólgota, donde se ejecutó la terrible sentencia y fué el Redentor clavado en una Cruz entre dos ladrones (13).

El punto más elevado del Calvario y los lugares ayaacentes están hoy comprendidos dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro, donde termina la *Via Dolorosa*.

¡EL NIÑO... SABIO!

Como sucede, desgraciadamente que muchísima gente saca de la instrucción muy poco fruto hoy en el mundo, aproximadamente, se escuchan diez sandeces por minuto. El pobre Eduardo, niño muy curioso y muy *métome en todo* y... muy cargante oyó algunas sandeces, y orgulloso porque las aprendió, se hizo pedante. Sus diez años tendría, y tan hombre y tan listo se creía, que en las conversaciones de personas formales entraba, y les decía unas majaderías colosales. Su madre, con cariño, quería convencerlo de lo necis que era el hacerse el hombre siendo un niño; pero él miraba con tan poco aprecio los consejos amantes que le daba, que en vez de agradecerlos, se enfadaba. —¡Tengo razón—decía,—y yo me fundo en que somos iguales todos los que vivimos en el mundo, puesto que todos somos racionales! —¡Ah!—dijo su mamá.—Muy bien. ¿De modo que tú ya puedes alternar en todo con personas mayores? Pues bien, hijo, no llores; desde ahora serás como tu madre y hasta como tu padre, á ver si estás contento, y vamos á empezar en el momento. Mira, voy á adornarme un lindo traje que ya estoy concluyendo;



encárgate de hacerme tú el encaje. ¿Por qué no has de entender lo que yo entiendo? Quedó el niño cortado, mas como era bastante descarado, la replicó en seguida: —¿Yo labores, mamá? Nunca; en la vida querré siquiera conocer los nombres: á mí... me gustan cosas propias de hombres. —Bien, hijo, voy al punto á complacerte; voy á tener el gusto de deberte un agradable rato. ¿Me leerás el relato de una bella aventura en ese libro de literatura que hay sobre el velador?

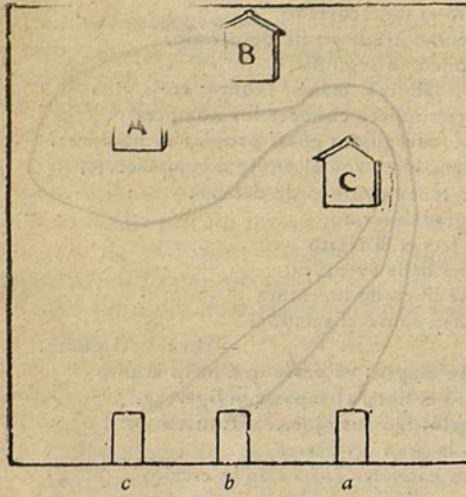
—¿Leer? Al punto. —Me alegro; ya verás qué bello asunto. Cogió el libro el rapaz con ligereza, le abrió, fijó sus ojos... y Eduardito tuvo la gran certeza de no entender *ni jota* de lo escrito. Era un libro en inglés, y no podía leer aquello mismo que veía. —Ese libro escribí—dijo la madre— un hombre como tú; lo lee tu padre y lo traduce, y tú, por consiguiente, lo debes entender perfectamente. —¡No—dijo el niño entonces,—no lo entiendo! —¡Vamos!—dijo la madre.—¿Lo estás viendo cómo el ser racionales no da conocimientos especiales? Escucha, Eduardo mío, y no te ofendas: hasta que estudies mucho y mucho aprendas no pretendas jamás de ningún modo el *entender de todo*, porque es la petulancia defecto más ridículo en la infancia.

BELLAS ARTES



LA CENA DEL SEÑOR. CUADRO DE JUAN DE JUANES La última Cena que el Salvador celebró con sus discípulos y en la que instituyó el Sacramento de la Eucaristía, ha sido asunto tratado con preferencia por los grandes artistas cristianos. En el Museo del Prado, de Madrid, tan rico en obras magistrales, se conserva el lienzo del pintor valenciano del siglo xvi, Juan de Juanes, que representa la Sagrada Cena. El Salvador, que viste túnica violácea y manto encarnado, muestra á sus discípulos la Sagrada Hostia y pronuncia las palabras sacramentales. Los apóstoles revelan en la expresión de sus rostros el fervor con que asisten á aquella sublime escena, menos Judas que se aparta, ocultando la bolsa que contiene el precio de su traición. El cuadro cuya copia publicamos procede de la iglesia de San Esteban, de Valencia, en cuyo retablo mayor estuvo colocado.

LAS TRES FUENTES



PROBLEMA

En un parque cerrado por tapias hay tres hotelitos: uno, B, adosado al muro, y los otros dos, A y C, aislados á derecha é izquierda. No había para el servicio de los inquilinos de los tres hoteles más que una sola fuente en el parque, y eran frecuentes las cuestiones entre ellos sobre quién tenía derecho á proveerse de agua el primero.

El propietario, á quien sometieron el caso, creyó que lo más prudente era que cada inquilino tuviese su fuente, y al efecto mandó construir tres; pero le dió la ocurrencia de poner ciertas condiciones, que eran las siguientes:

El inquilino del hotel A tendría la fuente a; el B, la b; y el tercero la c; pero tendrían que hacerse cada uno un sendero desde su hotel á la fuente respectiva, de manera que los tres caminos, sin salir del cercado, no se cruzaran en ningún punto, para que los vecinos pudiesen ir y venir sin encontrarse.

Es preciso averiguar cómo se compusieron éstos para trazar los senderos con arreglo á las condiciones impuestas por el propietario.

ACERTIJO

Acierta, si te interesa lector, cuál es una cosa que se pasa, que se pesa, que se pisa y que se posa

NUESTROS CONCURSOS

SOLUCION DEL CONCURSO DE «LA SEÑORA DEL CABALLERO DEL GABAN», PUBLICADO EN EL NUM. 6

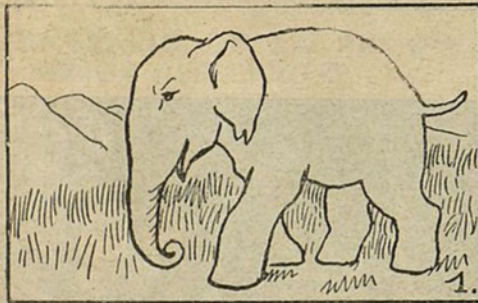
Se han recibido dentro del plazo marcado 19.508 soluciones, de las cuales 17.664 son exactas. Entre éstas que contienen la palabra *Senador*, se ha efectuado un sorteo, en el que ha resultado favorecida la niña *Gracia Ortuño Herrero*, que vive calle de Santa Florentina, núm. 9, piso tercero, en Cartagena (Murcia).

A su disposición queda en la Administración de *Blanco y Negro* y *A B C*, Serrano 55, el juguete ofrecido como premio.

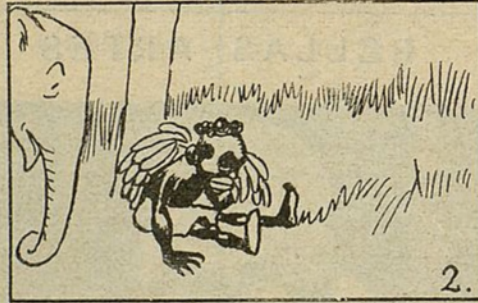
SOLUCION DE LA CHARADA REPRESENTABLE, PUBLICADA EN EL NUMERO 7

CARITATIVA

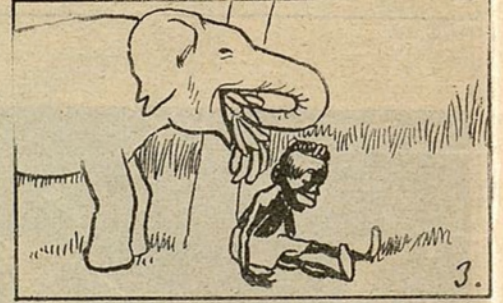
AVENTURAS DE UN ELEFANTE



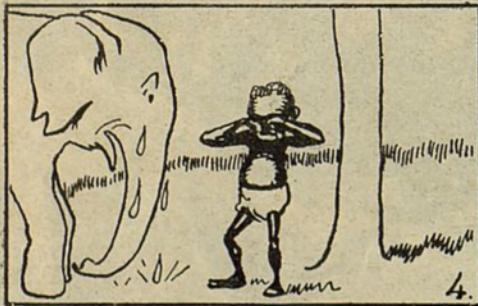
1. Pues señor... Este era un elefante joven y bien parecido, y hasta bondadoso inclusive.



2. Un día encontró dormido á un esclavo, no tan bien parecido, pero bondadoso y joven también.



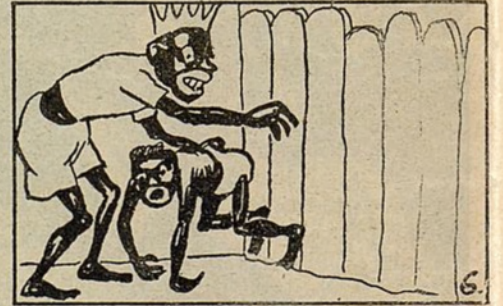
3. Llevaba el rapaz un ramo de plátanos para el rey su señor, que al elefante le parecieron muy apetitosos.



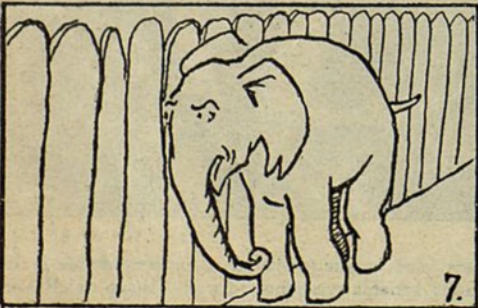
4. Al despertar el esclavo y verse sin los plátanos, lloró amargamente, hasta el punto de conmover al elefante, que no pudo contener las lágrimas.



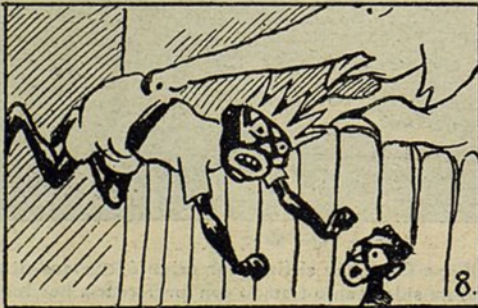
5. —¡Pobre chico!—decía el noble animal al ver partir al chico desconsolado—Y sintió remordimientos por su glotonería.



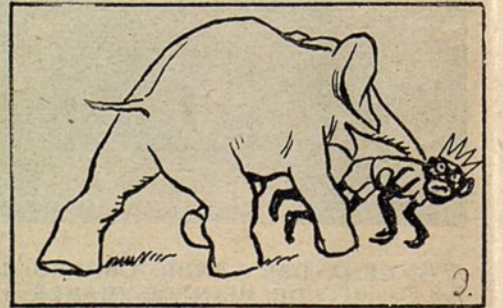
6. La llegada del esclavo al regio corral fué saludada con salvas de azotes salva sea la parte.



7. Todo lo veía el elefante á través de la empalizada, y el remordimiento seguía torturándole cruelmente



8. No pudo más, y en el colmo de su indignación, introdujo la trompa y cogió al rey negro bonitamente



9. Salió veloz con su real carga, dispuesto á vindicar la ofensa de su azotado protegido. (Se continuará)